
SEGUNDA PARTE.

EL DRAMA DE LOS RENIERS

I

La tumba de las langostas.

A la orilla de la carretera que une a Barfleur con Cherbourg, como a la mitad del camino, poco mas ó menos, de Nehon, se ve una casa aislada con nueve ventanas en su planta baja, que dan á la carretera.

Hay algunas dependencias de esta casa situadas en el ala que dá vuelta al ángulo de un camino transversal, tortuoso, por el cual se acorta la distancia sin pasar por Barfleur, desde cuyas dependencias se distinguen las últimas casas de este pueblo, Landemer y la carretera de Valognes.

Enfrente de esta casa, y del otro lado de la

carretera, se ve un jardín con un emparrado y algunas mesas pintadas de verde que dan á este establecimiento el aspecto de un ventorrillo.

Esta apariencia no es engañadora.

La casa es una taberna para el uso de los marineros de la costa, de los aldeanos del país, de los pintores y de los *touristes*, que van durante el verano de Saint-Waast y de Cherburg, á explorar los paisajes de aquella comarca maravillosamente accidentada.

El exterior de la casa no tiene nada de notable; es de una construcción sin gusto, pintada de un color gris, sobre el cual se destaca el verde botella de las persianas; pero un pintor de brocha gorda la ha adornado con una curiosa muestra que llama la atención del viajero.

Representa ésta una multitud de crustáceos afligidos en una cacerola sacudida por un cocinero cruel, y tiene esta inscripción en caracteres gruesos: *A la tumba de las langostas. Cloquard aloja á pie y á caballo.*

La verdad es que «La tumba de las langostas» era más bien, en aquella época, una taberna que un meson.

En ella se bebía mucho, pero se alojaba á poca gente.

Habían pasado cinco años desde el duelo de la Encina hueca.

Era á mediados de julio de 1870.

La estación era hermosa y el calor grande, pero estaba templado por la brisa del mar.

A eso de las once de la mañana, una docena de bebedores estaban reunidos en la sala grande de «La tumba de las langostas» y hablaban con cierta animación.

Los acontecimientos eran graves. Se hablaba de complicaciones, de guerra.

—No será eso lo que hará prosperar al comercio—dijo una especie de gigante de pelo rubio, forzado como los antiguos normandos de la conquista, muy colorado á causa del aire libre, pero con una buena y honrada fisonomía de aldeano.

No vestía, sin embargo, como tal.

Llevaba un gabán viejo, muy limpio, y un sombrero de fieltro de anchas alas.

Aquel hombre era el hermano de Miguel Jeannin, el cocinero del hotel de Roye, Remigio Jeannin, administrador de la magnífica posesión de Roville, cuyos últimos campos llegaban hasta unos cien metros de distancia de la casa Cloquard.

—No, parece que la cosa no marcha bien,—dijo su hermano Gregorio Jeannin, vigía del faro, que estaba sentado con él al lado de una mesa en un rincón de la sala.

Dominaba su conversación un ruido de vasos y de botellas, y, en algunos grupos, el de las fichas de dominó con que los jugadores golpeaban el mármol al ponerlas en el juego.

Remigio Jeannin, el administrador de Roville, dijo moviendo la cabeza:

—Eso es lo mismo que nos pasa á nosotros.

—¿No hay noticias?

—Ninguna.

—¿No habla Miguel de volver?

—Escribe dos renglones. Su mujer, Ursula, está bien; el general no envejece, pero se aburre de estar lejos de París.

—¿No quiere volver á Francia?

—No. ¡Es triste ser tan rico y llevar una vida semejante!

—¿Dónde están ahora?—preguntó Gregorio.

—Cerca de Nápoles, en la posesión que la señorita compró hace dos años.

—Fue una boda chusca—dijo Gregorio.—En eso hay algún misterio. ¡Si Ursula quisiera hablar!

—Dice que no sabe nada.

—¡Oh! ¡oh!

—Lo dice ella y es preciso creerlo,—afirmó el administrador.—Y además si algo se calla tendrá sus razones.

—¿Y el vizconde, qué se hizo de él?

—Sigue muy débil, ha curado mal de la célebre estocada que el primo de la señorita le pro-

pinó la mañana de la boda. El señor Honoré, de los Essarts, es quien me lo ha escrito. Le pregunto de cuando en cuando qué ocurre. Sin embargo, empieza ya á cazar con el viejo conde, que está rabioso. Es duro como un lobo el buen hombre. No perdonará jamás á su amigo el general el haberle metido en un avispero con ese casamiento que no está más que hecho á medias, puesto que el cura no ha dicho sus *oremus*. ¡Ah! ¡mi pobre Gregorio, quien nos hubiera dicho que se vería á la casa de Roye concluir de ese modo, nos hubiera sorprendido extraordinariamente!

—¡Ah! ¡Dios mio! En verdad que sí,—dijo el vigia del faro.

—De todos modos, eso no nos estorba para nuestros negocios,—observó el otro,—puesto que el contrato está hecho con la condicion de la separacion de bienes. El conde lo habia exigido así, felizmente. No tienen nada que reclamar. Se marcha como siempre. Esto es lo principal. Por lo demás, vivir para ver. ¿Vienes, Gregorio?

—Como quieras, hijo—le dijo el vigia.—De todos modos, es raro. ¡Nuestra señorita no tiene marido y no puede tomar otro.

El administrador, que iba á arrojar una moneda sobre la mesa, para pagar lo que habian consumido, la volvió á guardar.

En el exterior pasaba algo que le llamaba la atencion. Veía por la ventana que da al camino de Cherbourg, á un viajero que se aproximaba con precipitado paso y que llevaba por todo equipaje una cartera de viaje de cuero amarillo á guisa de bandolera; en la mano una vara de fresno, como la llevan los chalanes, sujeta á la muñeca por una correa. Vestía una chaqueta de terciopelo color marron, con botones de metal, y un pantalon corto metido en unas polainas de cuero negro.

Llevaba sobre sus espesos y rojos cabellos un sombrero de paja oscuro.

El conjunto de aquel personaje era de buen

aspecto: era arrogante y rudo, y marchaba con esa confianza y decision que da la fuerza.

Llevaba una corbata negra con lunares blancos, atada alrededor del cuello, que flotaba sobre un chaleco del mismo género que la chaqueta.

Remigio tocó á su hermano en el codo.

—Mira—le dijo.

—¿Qué?

—Mira allí.

—¡Eh! Si no me equivoco—dijo el vigia del faro,—es el baron de Brandes.

—El mismo.

—El primo de la señorita.

—Justamente. Debe venir de su mala posesion de la Houquette, á dos pasos de aqui.

—¡Picaro—dijo Gregorio,—cómo te das importancia! Bien se vé que nadaís en oro en Roville. La renta de esa mala posesion vale tres veces más que mi sueldo.

—Pero tú no eres baron—le dijo el administrador.—Eso que es una miseria para él, constituiria nuestro bienestar.

—¿Qué hará por aqui?

—Vas á saberlo tal vez... esperemos.

En efecto, el baron Santiago de Brandes se aproximaba con paso rápido.

Se detuvo un segundo en la puerta del meson.

No estaba nada cambiado. Su aspecto y su cara eran los mismos. Los años que para él habian pasado apenas le habian envejecido.

Al ver á los Jeannin, á quienes conocia hacia mucho tiempo, hizo un ligero movimiento como para retroceder, pero se detuvo y entró con decision.

—¿Cómo estais?—dijo dirigiéndose á los dos hermanos y tocando con la mano el ala de su sombrero.

—A vuestra disposicion, señor baron—contestó el administrador.—¿Venís de vuestra quinta?

—Sí, no tengo más remedio que ocuparme de

ella, porque no puedo pagar administrador. ¿Y vosotros?

—No vamos mal, señor baron.

Los Jeannin contestaban con cortesía al saludo y á las preguntas del viajero, pero la conversacion fué corta.

El uno y los otros guardaban reserva.

Los Jeannin, representaban, por decirlo así, al general de Treville y á su sobrina la señorita de Roye.

En el fondo, aunque la jóven habia guardado su secreto, el baron no estaba en buen concepto á los ojos de sus gentes, sobre todo desde la aventura del duelo con el vizconde Roberto de Beaulieu, marido ya, de derecho si no de hecho, de su dueña.

Así es que, cuando se sentó, algo distante de ellos, dando un golpe con su baston sobre la mesa, los dos hermanos le miraban de reojo.

—¿Si quisiera hablar—dijo el administrador—he aquí uno que podría decirnos mucho!

—Su papel es bastante ambiguo—murmuró Gregorio.

A la llamada de Santiago de Brandes, una mocetona salió de la cocina y fué adonde él estaba.

Era una robusta aldeana de diez y siete á diez y ocho años, cuyo sólido y rollizo pecho henchía su corpiño de tela. Su fresecura, que hubiera sido excesiva en Paris, pero que parecia pálida en Barfleur, la hacia muy aceptable. Sus sonrosados y bien formados brazos, salian de las mangas, de su camisa regazada hasta por encima del codo. Era muy viva y tenia hermosos dientes.

Sus cabellos castaños dejaban pasar algunos rebeldes mechones fuera de su cofia de lienzo, con cintas atadas al cuello para que no la molestaran en su servicio.

Era verdaderamente una joven hermosa que respiraba juventud y fuerza.

Al ver al baron, su rostro se alegró como se alegra una pradera á los rayos del sol.

—¿Vos aquí, señor baron?—le dijo.

—Vengo á verte antes de marchar. ¿No me besas?

—¿Delante de toda esta gente?

—¿La tienes miedo?

—¡Ah, no! A quien no le guste, que lo diga.

La jóven le dió dos sonoros besos, como es costumbre en la campiña.

—¡Enhorabuena!—dijo Santiago.—¿Qué, no te he visto yo tan pequeña como una col en casa de tu primo el de la Honguette?

—¿Por qué no habeis almorzado allí?

He estado dos días. El quisiera tenerte en su casa. Le haces falta. Eres muy trabajadora, Genoveva.

—Sí, el tío Bruccourt es un buen hombre; pero no puedo entenderme con mi prima. ¡Tiene mal carácter; andamos siempre á la greñal!

—¿Estás bien aquí?

—Muy bien. Los Cloquart son buenos para mí. No tengo por qué quejarme ni de ellos ni de los parroquianos. Es preciso trabajar mucho; pero á todo se acostumbra uno. ¿Almorzais?

—Sí, bien lo necesito; tengo mucha hambre.

—¿Que os sirvo?

—Lo que haya.

—¿Una tortilla con jamon?

—Vaya por la tortilla; pero date prisa.

—No tengais cuidado. Estará pronto dispuesta.

La joven se marchó.

Esta muchacha se llamaba Genoveva Bruccourt. Era prima hermana de Bruccourt el colono de la *Honguette*. Se habia criado allí; pero al fin, la hija del colono, celosa por su talante y buen humor, no habia descansado hasta que consiguió que la echaran.

Hacia seis meses de esto, y entonces fué cuando entró en «La tumba de las langostas» en calidad de sirvienta.

Allí no la trataban mal.

Los Cloquard, viejas y bien acomodadas gen-

tes, estaban contentos de tener en su casa una joven en calidad de criada, tan agradable y laboriosa como Genoveva, á quien la clientela festejaba. Cloquard, buen cocinero, no se ocupaba más que de sus hornillos. La dueña, enorme mujer, casi incapaz de moverse á fuerza de grasa, estaba siempre sentada delante de la chimenea ó en un banco á la puerta, con su manojito de llaves á un lado de la cintura y al otro un inmenso bolsillo en el cual guardaba el dinero.

Genoveva, joven y dispuesta, era suficiente para servir á los parroquianos, excepto en las seis semanas del verano en que los *touristes* iban en tropel á almorzar á casa del tío Cloquard.

La fama del meson llegaba hasta Cherbourg, y no habia aspirante de marina ni joven del país, que no hubiera hecho á él una escursión.

Genoveva no retrocedia jamás ante el trabajo.

Tenia buena naturaleza y era dispuesta y alegre.

Los pescadores y los ociosos de Barfleur intentaban darla alguno que otro beso, pero se libraba como podía y les decia cualquier fresca por todo desahogo.

No tardó en aparecer con el servicio necesario para el almuerzo del baron, y, muy previsora, trató de que pasara este á un gabinete situado al lado de la sala.

—Allí estareis solo—le dijo.

—¿Para qué? me gusta el ruido.

Genoveva cubrió la mesa con el mantel, demostrando cierta coquetería; colocó los platos, el vaso y los demás objetos con mucha prontitud y gracia.

—¿Quereis vino?—le preguntó.

—Como tú quieras, sidra ó vino.

Corrió á la cocina, trajo la tortilla, que tenia buen aspecto, y media azumbre de sidra, que espumeaba en los bordes de la jarra.

—La sidra es mejor—dijo á Santiago.—Es de la Houquette.

Le veia comer, corria para servir á los parroquianos, y volvía sonriendo.

Santiago habia sido su amo; ella se habia criado en su posesion. Cuando el honrado Brucourt hablaba de él, le llamaba con énfasis el «señor baron», y cuando Santiago iba á visitar su quinta, ella le admiraba y le parecia que era superior á todos los burgueses y pescadores que veia en Barfleur.

En fin, Santiago de Brandes ganaba á aquellas almas sencillas por su franqueza y sus corales modales.

—¿No teneis necesidad de una sirvienta, señor baron?—le dijo.

—¿Vendrias tú?

—A la primera señal. Me parece que se debe ser muy feliz en vuestra casa.

—Hago lo que puedo porque lo sean los que me rodean.

—Tomadme á vuestro servicio.

—Veremos. Pero ya sabes, Genoveva, que yo no soy rico.

—¿Que no era rico! Un baron que poseia un castillo en Brandes, y allí, muy cerca, una quinta como la Honguette, á la misma orilla del mar.

—¿Qué más queria? ¡Roville y todo su país!

Genoveva no le ocultó que le creia exigente, y hasta insaciable, mostrándole al reir sus blancos dientes.

La tortilla habia desaparecido.

Genoveva quiso correr á la cocina en busca del segundo plato.

Santiago la detuvo, cogiéndola por un brazo, y bajando la voz, la dijo:

—¿Qué se dice de nuevo en el país?

Ella abrió mucho los ojos, repitiendo:

—¿En el país?

—¡Si, en Barfleur!

Genoveva se puso á mirar al techo como para recordar algo; pero nada nuevo la ocurrió. Barfleur siempre marchaba lo mismo. Los acontecimientos allí eran raros, excepto en in-

vierno, en los días de viento, cuando algun pescador *faltaba á la lista*.

Barcos que entran y salen para arrastrar las redes ó llevar á los ingleses cargamentos de patatas, de manteca y de huevos, ó de bueyes y corderos.

Todo pasa el mar.

Genoveva no veía nada extraordinario que poder contarle.

Santiago la puso en camino.

—¿Qué ha sido—la dijo—de aquella mujer tan hermosa, á quien vi en mi último viaje?

—¿En dónde?

—En la calle...

Hizo que pensaba. Quería hacer creer á Genoveva que habia perdido la memoria.

Esta vino en su ayuda.

—¿Rubia?—le dijo.

—En efecto.

—¿Magdalena Aubin?

—Una mujer de un pescador.

—Esa es la que digo.

—Creo que sí. Tiene dos niñas; la una suya, la otra que proviene de Paris, segun se dice.

—¿Os interesa?

—Como cualquiera otra; sólo que su cara es tan dulce... Me ha llamado la atención. Yo iba de paso cuando la vi. La encontré tres ó cuatro veces. ¡Sin embargo, apenas si la conoceria! ¿Esta buena?

—Así parece. Algo pálida. ¡Caramba! Ya veis, señor Baron, no son ricos, y el pescador Aubin, la nata de los hombres de bien, ha estado enfermo el invierno pasado más de dos meses. Tenia algunos cuartos ahorrados, ganados con mucho trabajo, y los ha gastado. El médico, los medicamentos y el panadero, se lo han comido todo, pero está mejor. ¡Es un buen muchacho y un valiente que no teme á nada!

—Y las pequeñas—preguntó Santiago,—¿qué es de ellas?

—Están muy guapas. Sobre todo la más joven; la que llaman por broma la extranjera...

Si esperais un momento, las vereis aquí. Me admira que no hayan vuelto desde esta mañana temprano que estuvieron aquí.

El baron de Brandes se puso muy colorado.

Aquella noticia le emocionaba. Felizmente Genoveva volvió la espalda, llamada por unos parroquianos que pedían sidra y vasos.

Cuando los hubo servido volvió al lado del baron.

—Vienen—le dijo—casi todos los días á ofrecer pesca al amo. No consiste todo en coger cangrejos, es preciso venderlos.

Para los naturales del Cotentin las langostas son los cangrejos de mar.

Estos abundan en los fondos de las rocas, á tres ó cuatro kilómetros de las costas.

Genoveva no habia mentido.

Cuando ella acababa de servir á Santiago de Brandes una chuleta, dos niñas se deslizaron como dos anguilas por entre las mesas, llevando una cesta que cada una de ellas cogía por un asa, y fueron directamente á la cocina.

El corazón del baron dió un salto en su ancho pecho.

—¡Ahí están—dijo Genoveva;—estaba segura de que vendrían. Aquí se las trata bien; el amo no las regatea. ¡Pobres ángeles!

Santiago de Brandes se mordió los labios y se puso á cortar la chuleta con distracción.

Después de todo, su hija acababa de pasar á su lado y la sangre de sus arterias latía con fuerza.

Pero vió los ojos de los Jeannin fijos en él y se hizo el distraído.

—¿Tenia corazón de mujer para dejarse emocionar de aquel modo? Y aquella niña, ¿estaba perdida porque pasara su juventud en una colonia de gentes de mar, respirando un aire puro, que la daría fuerza y salud?

Se incorporó.

Las dos niñas, cada una con su pedazo de pan en la mano, que el dueño les habia dado con el dinero de la pesca, volvian á la sala.

Cuando pasaban al lado de Genoveva, esta las detuvo.

—Buenos días, pequeñas — las dijo. — ¿Qué traiais?

La más jovenzuela respondió:

—Nada—dijo con voz muy clara,—tres cangrejos; miseria. La pesca no dá nada ahora.

Estaba delante del baron.

La mayor, un poco vergonzosa, casi salvaje, era morena, todo el retrato de su padre, Aubin el pescador. Tenia ojos negros como carbones, móviles, inquietos, una bonita cara y hermosos cabellos, bien cuidados.

Evidentemente era el orgullo de su madre.

La más joven, que debía tener de cinco á seis años, cerca de dos menos que la otra, era un prodigio de gracia y de encanto.

Con su falda corta, color de polvo, las piernas desnudas, así como los brazos, los cabellos rubios, muy abundantes y finos, cayéndola sobre los hombros. Los ojos de un azul obscuro, la epidermis blanca á despecho del viento que se esforzaba en vano por bronceársela, parecía como una vision angélica.

Los dedos del baron se crisparon, clavándose sobre sus rodillas. Únicamente en las comedias puede negarse la voz de la sangre. Temblaba y no era capaz de pronunciar una palabra ante aquella inocente victima de su ambicion.

Vació de un trago su vaso, y cogiendo cariñosamente la mano de la niña, la atrajo hacia sí.

—¿Cómo os llamais?—le preguntó tratando de sonreír.

—Mi hermana se llama Colette,—dijo la niña,—Colette Aubin.

—¿Y tú?

—Yo me llamo Juana.

—¿Juana de qué?

—Juana Barfleur.

—Puesto que sois hermanas debierais tener el mismo apellido, ¿por qué esa diferencia?

—Yo no sé, señor.

La voz de la tía Cloquard, una voz fuerte como la de un hombre ronco, salió de la cocina.

—¡Genoveva!—decía.

La sirvienta se alejó con sentimiento.

Colette Aubin estaba muy colorada y como avergonzada delante de aquel desconocido que las examinaba con tanta atencion. Aburrída por su insistencia en mirarlas, ganó la puerta con paso furtivo, ocultándose, y fué á tomar el sol á la carretera y á arrancar hojas al emparrado del jardin.

Santiago de Brandes no se cansaba de examinar aquel encantador rostro que tenia delante de sí, aquellos grandes ojos azules, llenos de inocencia á la vez que de resolucion, que le miraban con indiferencia; aquellos labios delicados, colorados como la sangre más pura, entre los cuales resplandecian los dientes, los dientes de la infancia, que parecian perlas encerradas en un estuche de terciopelo.

El óvalo del rostro era de una delicadeza notable, y los cabellos, rubios, ensortijados, caian esparcidos por sus hombros de un ligero matiz leonado, como el de las bellezas venecianas.

Por primera vez, sin duda, sintió el baron remordimientos por el mal que habia causado.

Los grandes ojos de aquella criatura, de pequeños y descalzos pies, le obligaban á bajar la cabeza. Estaba á alguna distancia de ella. Hubiera querido besarla, pero no se atrevia.

La imagen de la señorita de Roye, amenazadora é irritada, se interponia entre él y la niña.

Aquella criatura sin madre, abandonada, que no tenia por sostén más que á un pobre marinero, era la hija del crimen.

—¿Vuestro padre es pescador?—preguntó Santiago, por decir algo, para obligarla á que continuara á su lado.

—Sí. Es Simon Aubin; su casa está á dos pasos de aquí; á la entrada del pueblo.

—Es buen oficio, pero rudo.

—¡Oh! señor, es muy malo con frecuencia.

—¿Y qué hace tu madre?

—Trabaja todo el día.

—¿Es buena?

La pequeña no contestó.

¿Podría una madre no ser buena para sus hijos? Era esta una idea que jamás se le había ocurrido.

—¿La quieres mucho?—continuó el barón.

La cara de Juana expresó una profunda admiración. No comprendía aquella pregunta. Sin duda ella amaba á su madre, ¿cómo podía no amarla?

Se cansaba de aquel interrogatorio.

Aquel forastero era demasiado curioso.

Dió media vuelta y fué á buscar su cesto.

Lo había llevado *Colette*.

—No te marches aún—la dijo Santiago de Brandes, con tono casi suplicante.

Los dos Jeannin se levantaron para abandonar el meson. Fueron á despedirse del primo de su señorita, porque á pesar de estar casada, llamaban siempre á Germana la señorita de Roye.

—Hasta la vista, señor barón,—dijo el administrador de Roville.—¿Marchais hoy?

—Esta tarde.

—Cuando volvais tal vez haya ocurrido algo de nuevo. Se cree que no se arreglará el asunto sin que los cañones jueguen en él.

—Es posible. Hasta la vista.

—Mucha salud.

Los dos normandos salieron. Eran de una estatura tal que la abertura de la puerta resultaba ser casi baja para ellos.

—No importa—dijo el vigía del faro cuando salieron.—Me alegraría saber por qué el vizconde y este pajarero se batieron. Su figura no me agrada.

El administrador de Roville se encogió de hombros y guardó silencio.

Aquel era el punto misterioso de la aventura. Santiago de Brandes no había dejado el brazo de la niña.

—¿Sabes leer?—la preguntó al empezar de nuevo la conversacion.

Juana dijo que no con un movimiento de cabeza.

—¿No vais á la escuela?

—Todavía no. Hasta el año que viene. El señor cura Hubert me enseñaba las letras, pero ya no me las enseña.

—¿Por qué?

—Por qué está enfermo.

—¿De gravedad?

—Sí. Ya no se levanta.

—¿Quién es ese señor cura Hubert?

—Un señor muy bueno que vive enfrente de nuestra casa.

La pequeña seguía contestando, pero se cansaba.

Se adivinaba, al ver plegarse su frentecita, que aquel desconocido la aburría con sus preguntas.

Santiago de Brandes lo notó y temió no poder contenerse. Era preciso concluir, alejar de sí aquella vision que le enternecía.

Sacó de su bolsillo una moneda de cinco francos y se la puso en la mano á la niña.

—Toma—la dijo con voz alterada,—para que te compren unos zuecos.

La niña abrió la mano, miró con desden la moneda, casi nueva, que relucía en su mano, y sin decir una palabra, la puso sobre el mantel, volvió la espalda y se dirigió á la puerta.

Santiago de Brandes se limpió las sienes, que le latian con violencia.

Dos aldeanos que estaban en la mesa inmediata, se echaron á reir. Les hizo gracia el chasco que se había llevado el barón.

Santiago no oía. Estaba al sorto con el recuerdo de aquellos grandes ojos cuyas miradas penetraban hasta su corazón.

Para sacarle de aquel ensimismamiento, fué preciso que Genoveva viniese á colocarse delante de él, luciendo sus hermosos brazos, y le llamara la atencion diciéndole:

—Señor barón, ¿en qué pensais? ¿Qué os parece de nuestras niñas?

—¿El señor cura Hubert está enfermo? —dijo Santiago, sin cuidarse de contestar á la pregunta de Genoveva.

—Dicen que muy grave.

—No es extraño. ¡Es tan viejo! ¿Qué edad tiene?

—Nadie lo sabe. En el país siempre se le ha visto lo mismo. Pero todo tiene fin en este mundo. No vivirá mucho.

—¿A quién dejará su capital?

—A los pobres, y dejará á su criada con qué vivir.

—¿No se le conocen parientes?

—No he oído nunca que tenga ninguno.

Santiago llenó de aguardiente una copa y la vació de un trago. Tenia necesidad de aturdirse.

—¿Marchais?—preguntó Genoveva.

—En seguida.

—¿Vais á tomar el tren?

—En Cherburg.

—¿De modo que no quereis tomarme á vuestro servicio, señor baron?—preguntó Genoveva.

—Veriais como estábais contento de mí.

—¿No estas á gusto en esta casa?—dijo el baron.

—No es por que no esté á gusto... aunque vienen aquí algunos...

—¿Tengo á la vieja Susana! Por ahora, no necesito á nadie más. Espera..., más adelante..., veremos... Estando aquí puedes prestarme un servicio.

—¿Yo un servicio á vos!

—¿Sin duda, si quieress!

—¿Si quiero!—exclamó Genoveva levantando los brazos. ¿Pero como?

La joven se volvió toda oídos.

—Esa pequeña, la rubia, me interesa,—repuso el baron.—¿Por qué? No podría decirlo. Es inútil que hablemos de ello. ¡Tu me comprendes! Si ocurriese alguna desgracia á su padre... adoptivo, por que ella no es del país—y tu sabes Genoveva que los pescadores no pueden

contar nunca con el dia siguiente—me lo escribes... dos líneas nada más. Es bastante.

—Si no es más que eso, señor baron, es fácil complaceros; pero el padre es robusto..., es el mejor mozo de la costa, y con su barca no se fatiga como los otros. Pesca casi siempre en los Reniers.

—¿Que es eso de los Reniers?

—Unos islotes á dos leguas de aquí, enfrente de Vrasville. ¡Se les vé desde la Houquette! Quedan descubiertos en la marca baja y estan llenos de cangrejos. Estos islotes se pierden de vista. Aubin los conoce de un extremo á otro. En pleamar hay cincuenta pies de agua por encima de ellos.

—En fin, si ocurriese alguna cosa tu me lo escribirás.

—Asi lo haré puesto que lo quereis. Decidme, señor baron..

—¿Qué?

—¿Es verdad lo que se dice de vuestra prima la señorita de Roye?

—¿Qué es lo que se dice?

—Que quiere quedarse para siempre en el extranjero.

—Está en el extranjero, en efecto, porque la gusta viajar, pero volverá.

—¿Cuándo?

—¿No sé?

—¿En dónde está?

—En Nápoles ó Sicilia, no lo sé de cierto.

—¿No creéis que eso es estar loca? ¡Salvo el respeto que os debo!

—Acaso lo esté...

—¿Tener un castillo como el de Roville y no venir siquiera á verlo!

—Tiene otros.

—¿Es muy jóven?

—Veintisiete años.

Santiago de Brandes, de codos sobre la mesa, respondia maquinalmente.

Pensaba en el contraste tan sorprendente entre aquella madre opulenta que lo tenia todo,

castillos, un suntuoso hotel, fabulosas rentas, un gran nombre, y aquella abandonada que, como la hija de un pobre iba á vender la pesca cogida por el hombre á quien creía su padre, rechazada á veces, con los piés desnudos, los cabellos al viento, curtida por las rudas brisas del mar, apenas cubierta con una mala camisa de grueso lienzo de cáñamo, y una falda sin color, del color de la arena en que ella se tendía; deslavada por la lluvia y tostada por el sol.

Hermosa, sin embargo, fina de raza, arrogante en medio de los marineros, cuyas groseras palabras llegaban á sus oídos, y paseando por entre ellos su pura, seriedad de arriero que ni una mancha ha empañado.

El alma inflexible de Santiago de Brandes, se enternecía al pensar en esto. El cambio era tan visible, que Geneveva le dijo:

—¿Qué teneis, señor baron?

Santiago se enjugó la frente.

—El calor,—balbuceó.—Es sofocante. Se duerme uno...

Eran las dos.

—El tren parte á las siete y veinte,—dijo,—voy á ponerme en camino, iré despacio.

—Son cinco leguas largas—dijo Geneveva,—¿no os asustan?

—¡Oh! un cazador... He corrido muchas más otras veces persiguiendo la caza y no me he muerto por eso.

Cogió su vara de fresno y metió la mano por la correa.

Geneveva le alargó la suya, pero Santiago no hizo más que besar sus dos mejillas, que se colorearon.

Geneveva hubiera dado la mitad de su sueldo de un mes por aquel beso. Así es como se gana el corazón de las aldeanas jóvenes. Decididamente el baron lo entendía.

—Piensa en lo que hemos convenido—la dijo.

—Estad tranquilo.

—Y... adios, Geneveva.

Geneveva dió un gran suspiro y dijo:

—¡Adios!

Cuando entró en la sala, un marino la pellizcó el talle, diciéndola:

—¡Hé ahí uno que tiene suertel!

—¡Callaos!—le dijo rechazándole.—¿Qué, no me ha conocido cuando era pequeña? Es el amo de la Houquette, la quinta en que está mi primo Brucourt.

Santiago de Brandes permaneció indeciso durante algunos minutos en medio de la carretera, dudando si volver hacia Barfleur para intentar ver de nuevo á la pequeña Juana.

Pero Geneveva, saliendo á la puerta, le gritó mostrándole el Poniente:

—¡Cherbourg está por allí!

Se decidió, y saludando con la mano á Geneveva, marchó del lado que ésta le indicaba, pero con el paso del hombre que se aleja con sentimiento de un sitio.

No habia andado aún un kilómetro, cuando se detuvo.

Estaba á mitad del camino de la aldea de la Roque, en donde la carretera tiene una pendiente bastante rápida.

Desde el punto en que se encontraba se descubren en el fondo la aldea de Nehon, los tejados de la venta de Cloquard, más allá Barfleur con su iglesia construida en la punta de una roca, y del otro lado, el mar, sobre el cual las barcas, con sus velas desplegadas, parecían casi inmóviles en la calma chicha de aquel día de verano.

A la izquierda la playa y el mar, salpicados de negros escollos, estaban dominados por la gigantesta columna de granito que se llama el faro de Gatteville, ese coloso al lado del cual, los otros faros, aun los de Roville, parecen pigmeos.

Pero no era por contemplar aquel espectáculo, por imponente que fuese, por lo que el baron se habia detenido.

Las campanas de Barfleur sonaban á intervalos lentamente, con ese lúgubre sonido que anuncia la agonía.

Alguien moría en aquella aldea de pescadores; Santiago pensó en el anciano sacerdote Hubert, que según la criada de los Cloquard, no debía vivir mucho.

Un protector más de Juana que desaparecía, aquel que, después de haberla recibido de una mano desconocida, le había buscado una familia, su padrino, el hombre cariñoso y bueno que la había bautizado con aquel nombre encantador y melancólico: «Juana Barfleur». ¿Qué sería de ella?

¡Tuvo necesidad de hacer uso de su feróz energía para renunciar al deseo que sentía de volver á Barfleur para informarse, para ver, para recoger, tal vez, á aquella niña, su tesoror!

Pero continuó su camino.

¿No estaba allí Genoveva? ¿No sabría ella todo cuanto pudiera ocurrir? ¿No le era fiel como un perro?

Precipitó su paso para escapar á la tentación de volver atrás.

A las cinco había pasado el siniestro castillo de Tourleville, célebre por los crímenes de los Ravalet, familia maldita, de la cual el último de sus miembros fué decapitado en la plaza de la Greve.

Al pasar por allí, se dijo temblando que él tenía el alma como las de aquellos bandidos, y que podría concluir como ellos.

Cuando entró en Cherbourg, una animación inusitada le llamó la atención desde los primeros pasos que dió en la población.

Las gentes se agolpaban en las encrucijadas y hablaban con vehemencia.

Pero en un principio no prestó atención á aquello.

Le preocupaba la idea de escribir á Germana y decirle que había visto á su hija, de pintársela miserable, estenuada, careciendo de todo y escitar su piedad, su ternura...; esta idea le perseguía desde que emprendió la marcha.

Pero pensaba que todo sería inútil, que el odio

que Germana profesaba al autor de sus desgracias, sería más fuerte que el amor maternal; que si ella había huido, era justamente por resistir á las tentaciones que pudieran asaltarla de volverse hácia él y ceder á sus exigencias; que además ella seguía encadenada, puesto que en su torpeza, él, no había hecho más que herir al vizeconde de Beaulieu, que se elevaba entre él y Germana como infranqueable obstáculo.

Por fin llegó á la estación.

Allí acudían las gentes por todos lados. Se arrebataban los periódicos que el expreso acababa de llevar.

Una palabra siniestra se agitaba en el aire y salía de todas las bocas:

—¡La guerra!

La guerra estaba declarada. Era un hecho. La noticia había sido dada por el telégrafo aquella tarde.

No se ocupaba todo el mundo de otra casa.

A él mismo le impresionó aquel acontecimiento. La imagen de Juana y de Germana se borró por un momento de su imaginación.

¿Por qué aquella guerra? ¿Dónde se iba á parar?

Y aun cuando se triunfara, cosa que él no quería dudar ¿cuántas víctimas no causaría?

Santiago de Brandes lo olvidó todo, Genoveva y *La tumba de las langostas*, y hasta aquella angelical figura que le había trastornado.

Pensó que la volvería á ver cuando quisiera, que estaba segura y que era preciso esperar.

Lanzó una última mirada á la magnífica rada, iluminada por los rayos del sol que descendía en el horizonte y lo iluminaba todo antes de desaparecer.

La escuadra, con las calderas encendidas, estaba entre el dique y el puerto dispuesta á marchar.

Tomó su billete y pasó al andén.

Un instante después el tren marchaba á todo vapor, através de los maravillosos campos de aquel país.

A la misma hora entraban dos hombres en la venta de los Cloqnard, y se colocaban en una mesa en un rincón aislado.

El uno era un marinero, lo cual se veía bien por su blusa de lana y su gorra, el otro debía ser un burgués de Barfleur.

Tocó con su baston sobre el mármol de la mesa diciendo:

—¡Hé! muchacha, una botella, de lo mejor.

 II

Un hombre perfecto.

Juan Perrinot, era tal vez un hombre perfecto, como muchas gentes lo afirmaban, desde Barfleur á Saint-Waast, pero si os encontráis en un camino un hombre que esté cortado por su patron, os aconsejo que desconfieis de él.

Juan Perrinot era un normando, astuto como él solo, más que astuto, ratero y algo peor que que ratero en ocasiones.

Si hubiérais tenido á la espalda una cartera llena de billetes de Banco y esa cartera hubiera valido la pena no hubiera sido prudente cruzar á las once de la noche un camino estraviado. El temor de Dios no le hubiera contenido, solo el de la gendarmeria le producía una saludable impresion.

Juan Perrinot, tenía miedo á los tribunales, no temía á ninguna otra cosa más. La voz de su conciencia era muy débil. No es el único de su especie.

No vayais á imaginaros por este croquis moral que Juan Perrinot, burgués de Barfleur, fuese un prójimo de mala apariencia, ni un salteador de caminos. El error sería grande. Juan

UNIVERSIDAD DE TORO LEO
 BIBLIOTECA DIFUSIONARIA
 "ALFONSO" 1913
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO